

## INTRODUCCIÓN

CUANDO REPASO EL contenido de los capítulos que integran este libro —las introducciones se escriben, naturalmente, al final— dos aclaraciones o advertencias previas me parecen imprescindibles: en primer lugar que no nos encontramos ante un libro de historiografía, sino de un mero ensayo historiográfico. No he manejado fuentes archivísticas —cuando las cito, lo hago a partir de las obras de los historiadores que las han consultado directamente—, aunque si utilizo libros de memorias, polémicos o propagandísticos de la época y de protagonistas directos de los hechos que enjuicio. En la bibliografía que voy citando en las notas a pie de página queda patente mi homenaje a los brillantes profesionales que han quemado largas horas en los archivos diplomáticos, militares, hemerográficos, de organizaciones como la Internacional Comunista, de los partidos y de particulares, sin cuyo trabajo y esfuerzo esta aproximación resultaría imposible.

Mi papel se ha limitado a una reordenación de sus conclusiones y a alguna reinterpretación, con el fin de combatir una leyenda mal tejida que, con la finalidad unas veces de descalificar al adversario de la manera mas absoluta y otras para servir de excusa a los propios errores e indecisiones, cuando no para justificar descaradamente una posición política interesada según el devenir de los tiempos, ha terminado, en estos comienzos del siglo XXI, en convertirse en un lugar común, desvirtuando lo que sigo considerando como uno de los momentos luminosos de la humanidad de nuestro siglo XX: el antifascismo y el movimiento de resistencia al fascismo, del que la guerra civil española de 1936 a 1939 fue, seguramente, su mas alto exponente.

La segunda advertencia es que el libro no se propone, en absoluto, ser una defensa de Stalin. La política de Stalin en España, objeto

de muchos de los trabajos que mencionamos a lo largo de estas páginas, vino mediatizada por una coyuntura internacional muy complicada para la Unión Soviética, aislada mediante un cordón sanitario de regímenes autoritarios, en peligro por la cada vez mayor agresividad de los países fascistas y el autismo de las potencias democráticas que siempre prefirieron mirar para otra parte, cuando no se felicitaban por que existiese, al fin, un «campeón» que pudiera rematar la tarea que ellos no concluyeron con su intervención en la Guerra Civil rusa al término de la Primera Guerra Mundial. Como ha establecido recientemente, con toda claridad, Ángel Viñas, los motivos de Stalin para su intervención en la guerra española «fueron mas complejos que los que impulsaron las decisiones de los dictadores fascistas. En ellos se combinaron inextricablemente razones de *Realpolitik* y planteamientos ideológicos. Las primeras estaban ligadas al reforzamiento de la política de seguridad colectiva cuyo vértice era, para la Unión Soviética, la relación con una Francia insegura, amenazada y dividida. También con la necesidad de no dejarse acoquinar por las potencias del eje. Los segundos entroncaron con la lucha a muerte que había desatado contra el trotskismo, considerado como un problema de seguridad interna y como factor de deslegitimación del régimen soviético»<sup>1</sup>. Estos planteamientos ideológicos no solo aportaron la cara peor de la intervención soviética en España —la acusación a los militantes del POUM y otros heterodoxos de ser agentes del fascismo, el asesinato repugnante de Andrés Nin, el combate ideológico con compañeros de armas llegando a grados de sectarismo insospechado...— sino que también sirvieron para colocar a la Unión Soviética y a la Komintern como campeones del antifascismo internacional y de la solidaridad con los agredidos. La deslegitimación que los grandes procesos contra la vieja guardia bolchevique podían suponer, se compensaba, así, con su papel de vanguardia en la lucha contra la agresión fascista.

En un breve pero esclarecedor trabajo Denis Smyth da cuenta de cómo, ya en 1934-35, la Unión Soviética había alterado su propio curso ideológico y diplomático buscando, ante el bloque de Estados formado por Alemania, Italia y Japón, aliados antifascistas entre los partidos y Estados democrático burgueses. Se produjo así el Tratado Franco-soviético

---

<sup>1</sup> Viñas, Ángel: *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*. Crítica, Barcelona, 2006, p. 441.

de Ayuda Mutua del 2 de mayo de 1935, aunque dadas las reticencias de la derecha francesa, la ratificación parlamentaria en este país no se produjera hasta marzo de 1936. Tras el triunfo del Frente Popular francés, el interés por una colaboración militar con Francia se convirtió en objetivo prioritario de la política soviética. «Los líderes soviéticos defendieron este proyecto con especial ahínco desde principios del verano de 1936 hasta la primavera de 1937, el mismo periodo en el cual tuvieron también que definir sus líneas fundamentales en política exterior con respecto a la Guerra Civil Española. La esperanza de que Francia pudiera convertirse en socio militar de Rusia era la principal influencia positiva (y, por supuesto, estaba claramente conectada con la principal preocupación de la política soviética en ese momento, la inquietud respecto a la Alemania de Hitler) que afectó a la actitud de Moscú frente a la Guerra Civil española, durante los meses cruciales de finales de 1936 y principios de 1937»<sup>2</sup>. Concluye Smyth indicando que el apoyo soviético a la República no sólo tenía en cuenta la alianza francesa, sino que buscaba ampliarse a un sistema de defensa colectivo que abarcaría a otras potencias democráticas, sobre todo a Gran Bretaña.

Esta política soviética va a repercutir, como no podía ser de otro modo, en la seguida por el Partido Comunista de España, que no es más que una sección de la Internacional Comunista. Es muy frecuente la acusación de que para cumplir los objetivos de la política soviética en materia de seguridad colectiva, el PCE estranguló el proceso revolucionario que se había iniciado en la España republicana a partir del 18 de julio de 1936. El problema es si era posible, con visos de viabilidad y eficacia, otra política que la seguida por los comunistas y un sector de socialistas y republicanos en aquella coyuntura. Y ello no sólo por los factores internacionales que hacían imprescindible para la República el auxilio de las democracias occidentales frente a la descarada agresión nazi-fascista, sino también por específicos factores internos. Helen Graham lo ha explicado con bastante claridad: por un lado «el equilibrio de fuerzas sociales dentro de la zona republicana apuntaba hacia la reconstrucción de un estado liberal-capitalista (o burgués) mucho más que hacia la for-

---

<sup>2</sup> Smyth, Denis: «Estamos con vosotros. Solidaridad y egoísmo en la política soviética hacia la España republicana 1936-1939», en *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la guerra civil* (Paul Preston ed.). Península, Barcelona, 2001, pp. 169 y 170.

mación de un orden radical anticapitalista (o proletario). Porque España en 1936 no era una repetición de Rusia en 1917. En España, el factor decisivo era el desarrollo desigual, mucho más que el subdesarrollo. Sin duda alguna, el país albergaba unas variadas clases medias que tenían que ser asumidas por la República en guerra para reconstruir de nuevo la coalición antioligárquica<sup>3</sup>. Por otra parte, la izquierda española presentaba debilidades y fragmentaciones que hacen difícil pensar en el sujeto revolucionario necesario para la ocasión: «la CNT no tenía programa para ello, ni (lo que es mas importante) disponía de una estructura orgánica centralizada que pudiera haber elaborado y puesto en ejecución tal programa. El POUM si tenía proyectos políticos mas complejos, pero, al margen de sus divisiones internas, era una fuerza demasiado pequeña y limitada geográficamente como para tener el papel de los bolcheviques rusos en la revolución española»<sup>4</sup>.

Respecto al dilema «guerra-revolución», Ángel Viñas, si bien reconoce que la respuesta revolucionaria contribuyó a la salvación de la situación durante algunos meses, las divisiones y disfunciones que produjo eran contradictorias con el imprescindible esfuerzo de centralización, disciplina y concentración de todos los recursos que exige una guerra moderna. «Los republicanos continuaron enzarzados —dice— en como cohonestar guerra y revolución. La primera fue un desastre (mal que pesara —pese— a anarquistas, paratrotskistas y otros disidentes comunistas) y la segunda la perdieron. Hubo muchos grupos políticos en el bando republicano que no hicieron demasiado para proteger a la República. Los efectos de una literatura memorialística y autoexculpatoria han dominado largo tiempo la obra de numerosos autores que, aunque no hayan sido pro-franquistas, tampoco dejaron de moverse en la línea políticamente correcta y que cabría caracterizar como *nunca se es suficientemente anticomunista*»<sup>5</sup>. A lo largo de este libro se mencionan numerosos ejemplos de esa literatura «memorialística y autoexculpatoria» de la que habla Ángel Viñas.

---

<sup>3</sup> Graham, Helen: «La movilización con vistas a la guerra total: la experiencia republicana», en *La República asediada* (Paul Preston ed.). Península, Barcelona, 2001, p. 295.

<sup>4</sup> Ibidem, *op. cit.*, p. 296.

<sup>5</sup> Viñas, Ángel: *La soledad de...*, *op. cit.*, pp. 445 y 446.

La preponderancia y el crecimiento del Partido Comunista de España se ha explicado en numerosas ocasiones como un mero reflejo de la ayuda soviética a la República española que se pagaría con una especie de chantaje a todos los niveles de la acción política en el campo republicano. Tampoco es cierto. Helen Graham, en varias de sus obras que mencionamos a lo largo de este trabajo, apunta que la verdadera clave del éxito del PCE durante nuestra guerra civil, tuvo más que ver con la división del movimiento socialista español y con su incapacidad para poner en marcha unos medios de movilización de masas que respondieran a los intereses contradictorios de la agrupación de fuerzas y sectores sociales que en España se estaban enfrentando al fascismo y a las fuerzas oligárquicas que habían desencadenado la guerra civil para defender su preeminencia de siglos. El papel que desempeñó el PCE en la movilización militar, tanto con la creación inicial del Quinto Regimiento, donde tuvieron un papel relevante los asesores militares enviados por la Komintern (por ejemplo el italiano Vittorio Vidali que combatía y organizaba con el pseudónimo de Carlos Contreras), como con un cuidado especial en la integración y el aprovechamiento de los militares profesionales republicanos leales que, en número no despreciable, se aproximaron al partido, tuvo mucha trascendencia para el crecimiento orgánico y político.

No menos importante fue su política de masas a través de las organizaciones genéricas frentepopulistas, la Juventud Socialista Unificada y los sindicatos. Helen Graham dice que «el PCE tuvo un papel crucial en la incorporación a la política estatal de sectores sociales previamente desorganizados, como fue el caso de segmentos de las clases obreras y medias y de la juventud. En enero de 1937, la Juventud Socialista Unificada (bajo control del PCE) tenía unos 250.000 de sus afiliados en unidades militares (el 70 por cien de su militancia total)»<sup>6</sup>.

Juan Andrés Blanco, autor del mejor estudio que conozco sobre el Quinto Regimiento y la política militar del PCE<sup>7</sup>, además de amigo personal, sostiene en su contribución a las Jornadas organizadas por la sección de Historia de la FIM. en mayo de 2005 en la Universidad

---

<sup>6</sup> Graham, Helen: *La movilización con vistas...*, *op. cit.*, p. 301.

<sup>7</sup> Blanco Rodríguez, Juan Andrés: *El Quinto Regimiento en la política militar del PCE en la Guerra Civil*. Aula Abierta-UNED, Madrid, 1993.

Complutense que «es plenamente válida la afirmación de Rafael Cruz<sup>8</sup> de que «el PCE se convirtió durante la guerra civil, aun mas si cabe que antes, en el primer defensor del Estado republicano, de sus instituciones, de su organización territorial, de su imaginario colectivo, enfrentándose sin dudarle a todos los grupos portadores de otras estrategias y culturas políticas». Propone la única política posible para ganar la guerra, defiende los gobiernos de unidad y de Frente Popular, pero los métodos de actuación, que corresponden en muchas ocasiones a la versión estalinista del leninismo, dificultan y obstaculizan el logro de los objetivos propuestos»<sup>9</sup>. En el artículo de Blanco se hace un repaso de estas «malas prácticas» estalinianas: en primer lugar la histeria antitrotskista que dio lugar a una ferocidad represiva que culminaría con el asesinato de Andrés Nin por agentes soviéticos, con un coste muy alto para el PCE y su credibilidad. Como hemos apuntado antes, siguiendo a Ángel Viñas, nos encontramos en los años de los grandes procesos y Stalin considera el trotskismo, además de cómo un problema interno, como un factor de deslegitimación internacional del Estado soviético.

Pero además de la actitud anti-POUM (partido que, como veremos, no era específicamente trotskista) actitud que, por otra parte, no fue exclusivamente comunista, dado el hostigamiento de los planteamientos poumistas hacia los gobiernos del Frente Popular, existieron otros comportamientos y errores que contribuirán al aislamiento del PCE, esencialmente en los meses finales de la guerra: el proselitismo exacerbado con poco respeto a veces para las otras fuerzas integrantes del Frente Popular; la ocupación de posiciones de poder en los aparatos coercitivos, aunque esto no fue, en modo alguno, exclusivo del PCE, ya que desde todas las fuerzas políticas se daban cuenta de la importancia de estos resortes (el SIM no estuvo, ni mucho menos, como mas adelante indicamos, en manos comunistas y otras formas de ejercer la coerción, como patrullas de control y comités fueron mas empleadas por otras

---

<sup>8</sup> Cruz, Rafael: «Del Partido recién llegado al partido de todos. El PCE (1920-1939)», y «I Congreso sobre la historia del PCE (1920-1977)», en *Papeles de la FIM*, núm. 22, 2ª época, 2004, p. 62.

<sup>9</sup> Blanco Rodríguez, Juan Andrés: «El PCE y el Frente Popular», en *Papeles de la FIM*, núm. 24, 2ª época. Número monográfico que recoge las actas de las Jornadas organizadas por la Sección de Historia de la FIM en mayo de 2005 en la Universidad Complutense, Edición digital del Portal Alameda, pp. 22 y 23 de 28.

fuerzas políticas); la errónea valoración, por parte de algunos dirigentes comunistas, como denunciaría Palmiro Togliatti, en su papel de máximo responsable de la Komintern en España, en el sentido de que el partido podía plantear en ese momento la cuestión de la hegemonía y luchar abiertamente por ella; el sectarismo, criticado otra vez por Togliatti<sup>10</sup>, que llegó a considerar algún discurso de Pasionaria en Cataluña como directamente contrario al Frente Popular. Estos defectos y errores, que son innegables, dieron lugar a que, en ocasiones, se adueñase del lenguaje un discurso paranoico que veía enemigos en todas partes.

### ESPAÑA: ¿PRIMER ENSAYO DE DEMOCRACIA POPULAR?

Juan Andrés Blanco plantea también en su trabajo una cuestión que tiene su origen en un trabajo de Julián Gorkin (Julián Gómez García), publicado en Buenos Aires en 1961, junto con otros textos, por la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, en un libro titulado genéricamente *Contra el estalinismo*, en el que se incluían algunas páginas del libro de Jesús Hernández *Yo fui un ministro de Stalin*. El trabajo de Gorkin se titulaba «España, primer ensayo de democracia popular»<sup>11</sup> y en él se sostenía lo que el título indica, es decir que la República española se convirtió, en el curso de la guerra, en algo parecido a los estados del este de Europa a finales de los años cuarenta y en tiempos posteriores. Sobre Julián Gorkin y sus relaciones con Burnett Bolloten, gran erudito sobre la guerra civil española, pero lastrado de un anticomunismo feroz e interesado, existe un esclarecedor artículo de Herbert Rutledge Southworth<sup>12</sup> que explica muchas cosas.

Allí cuenta que Gorkin, a través de dos amigos norteamericanos, excomunistas y relacionados con la AFL y la CIA, estuvo financiado por

---

<sup>10</sup> Todas las referencias a las críticas de Togliatti están en la recopilación de sus informes y escritos sobre la guerra contenidos en Togliatti, Palmiro: *Escritos sobre la guerra de España*. Crítica, Barcelona, 1980. Más adelante lo mencionaremos varias veces con carácter más específico.

<sup>11</sup> Hoy es perfectamente consultable en internet, al figurar completo en los fondos de la Fundación Andrés Nin, concretamente en la edición digital de la Fundación de junio de 2002.

<sup>12</sup> Southworth, Herbert R: *El gran camuflaje: Julián Gorkin, Burnett Bolloten y la guerra civil española*, en *La República asediada...* (Paul Preston ed.). *op. cit.*, pp. 417 a 491.

organizaciones norteamericanas de este tipo desde 1948-49 hasta probablemente 1953, en que fue nombrado oficialmente secretario para Latinoamérica del Congreso por la Libertad de la Cultura. Este Congreso por la Libertad de la Cultura había sido fundado secretamente en Berlín con anterioridad a 1950. Cuando, en la transición española, Gorkin fue acusado de su pertenencia a esa organización con claros vínculos con la CIA, intentó defenderse diciendo que su financiación provenía de los sindicatos norteamericanos, así como de la Fundación Ford, la Fundación Rockefeller, la Fundación Fairfield, el Comité Suizo de Zurich y el Deutscher Künstlerbund de Berlín. Southworth es contundente: «Gorkin tenía razón al decir que el Congreso por la Libertad de la Cultura estaba financiado por sindicatos norteamericanos y por varias fundaciones de América y Europa Occidental. Lo que se olvidó de añadir, aunque debía saberlo mejor que la mayoría, era que estas instituciones había recibido anteriormente de la CIA la mayor parte del dinero que generosa y públicamente donaban al Congreso. Este dato de la vida americana fue ampliamente difundido en Estados Unidos y Gran Bretaña, así como en Francia y Alemania, entre 1964 y 1966»<sup>13</sup>.

La teoría de Gorkin sería luego ampliamente difundida por Bollanden en sus sucesivos libros sobre la guerra civil española. Lo que resulta más sorprendente es que historiadores tan serios y documentados como Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo hayan resucitado en 1999 la teoría de la «democracia popular» en su, por otra parte, excelente libro *Queridos camaradas. La Internacional Comunista en España. 1919-1939*, que tanto hemos citado en este trabajo. Basan su teoría en el discurso pronunciado por Dimitrov en la sesión del Presidium de la Komintern sobre el problema español de 18 de septiembre de 1936<sup>14</sup>, cuando dice, refiriéndose al objetivo de la victoria por la que el pueblo español lucha, que «se tratará de una república que responda al actual periodo de transición de las relaciones internacionales, en el cual, por un lado, existen el Estado soviético y la democracia soviética, junto con los Estados demócratas burgueses, como Inglaterra o los Estados Unidos, y por otro lado existe la dictadura fascista; se tratará de un tipo específico de república con una

---

<sup>13</sup> Southworth, Herbert R. *op. cit.*, p. 481.

<sup>14</sup> CRCEDHC, 491-18-1135, citado por Elorza y Bizcarrondo *Queridos camaradas. La Internacional Comunista en España. 1919-1939*. Planeta, Barcelona, 1999, p. 502.

auténtica democracia popular. Todavía no será un estado soviético, pero si antifascista, de izquierdas, en el que participará el sector auténticamente izquierdista de la burguesía»<sup>15</sup>.

A continuación se reproducen algunas frases del artículo de Togliatti, «Sobre las particularidades de la revolución española» en el que habla de una «democracia de nuevo tipo» o «un nuevo tipo de república democrática» que va a ser asumida por los dirigentes españoles. La conclusión que obtienen Elorza y Bizcarrondo, que llegan a titular el capítulo ix de su libro «Hacia la democracia popular», es que «la democracia española en que piensa Dimitrov no responde a la fórmula clásica, sino a un régimen de transición antifascista y tendente al socialismo. En suma, un adelanto de lo que en 1945-46 serán las democracias populares»<sup>16</sup>. Si la primera parte de esta conclusión, referente al pensamiento de Dimitrov, puede resultar aceptable, la segunda parte, la comparación de la España republicana de 1936-39 con los regímenes salidos de las victorias del ejército soviético contra los alemanes, resulta ahistórica e inaceptable.

Posteriormente, como cuenta Blanco Rodríguez, la versión de la «democracia popular española» ha sufrido un revival de la mano de Stanley G. Payne que ha dado pie para que, en su rastro, se comience a hablar por los modernos anticomunistas españoles de una «Tercera República Española» surgida como consecuencia del estallido de la guerra civil. Payne utiliza testimonios como los de Wildebaldo Solano, buen biógrafo de Andrés Nin pero apegado absolutamente a las versiones pousistas de nuestra guerra, los del inevitable y manido Walter Krivitski, desertor soviético del tiempo de nuestra guerra, que mentía exagerando hasta sobre sus funciones en el Servicio Secreto Soviético y que a los españoles nos descubrió aquel enloquecido policía fascista que fue Mauricio Carlavilla; y, para demostrar su puesta al día, los de los oficiales rusos postsoviéticos Sarin y Dvretski. Cita, naturalmente, a François Furet, el «freudiano» historiador francés excomunista que comparte con Unamuno su pasión por las ilusiones pasadas y futuras y, como no podía ser menos, a Elorza y Bizcarrondo<sup>17</sup>. El colmo de la mala fe del Sr. Payne como historiador es que, en apoyo de sus tesis, cite dos tonterías dichas por Santiago Carrillo

---

<sup>15</sup> Dimitrov citado por Elorza y Bizcarrondo, *op. cit.*, p. 321.

<sup>16</sup> Elorza y Bizcarrondo, *op. cit.*, p. 321.

<sup>17</sup> Payne, Stanley G. *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*. Plaza y Janés, Barcelona, 2003, pp. 379 a 383.

—que, lamentablemente, y, a pesar de su talento, dijo bastantes a lo largo de su vida— en 1969 y en 1984, en el sentido de que España fue la primera democracia popular de Europa.

Blanco Rodríguez, siguiendo a Elorza y Bizcarrondo concluye que «el punto de llegada de las democracias populares resultaba así inevitable, pero ese desenlace era compatible con un largo periodo de tensión precedente en el curso del cual la democracia puede convertirse en un objetivo sinceramente defendido por los comunistas, como posiblemente ocurrió»<sup>18</sup>.

Helen Graham ofrece a mi juicio una explicación mas coherente de formulaciones como la «democracia de nuevo tipo» presentada por Togliatti y asumida por José Díaz (por ejemplo en el Pleno del CC de 5 de marzo de 1937) y otros dirigentes. «El PCE —dice— continuaba preservando sus bases proletarias, a las que ofrecía una promesa de una reforma económica y social como fruto de la victoria (aun cuando esas reformas se presentaban en un lenguaje ambiguo) Por sostener simultáneamente este doble discurso político obrerista o liberal burgués, el PCE fue acusado de ser o bien incoherente o, mas a menudo, conscientemente engañoso y oportunista». Sin embargo, responde Graham, «mas que ser un exponente de confusión o duplicidad, la política del PCE estaba respondiendo estratégicamente a las consecuencias estructurales de un desarrollo desigual (...) Lo que entonces se necesitaba, para hacer posible la virtualidad del Estado republicano, era una fuerza política que pudiera articular y armonizar a los diferentes y contradictorios grupos sociales, sosteniendo su movilización simultanea como mínimo mientras durara la guerra»<sup>19</sup>. Además de esto, que me parece una explicación adecuada, tampoco se debe olvidar la propia historia de la Komintern y de los partidos de ella dependientes, sus virajes, especialmente el reciente hacia las formulaciones de Frente Popular, dada la urgencia impuesta por el triunfo del fascismo en Alemania, y la explicación ideológica avanzada por Ángel Viñas, en la medida que los planteamientos trotskistas pudieran cuestionar la pureza revolucionaria originaria del primer país que había realizado, aun con todos sus defectos, una revolución socialista en el mundo.

<sup>18</sup> Blanco Rodríguez, Juan Andrés *El PCE y el Frente Popular*, *op. cit.*, pp. 14 a 28 de la edición digital del Portal Alameda.

<sup>19</sup> Graham, Helen *La movilización con vistas...*, *op. cit.*, p. 302.

Ángel Viñas, en su magnífico último libro, lo expone sin complejos. Tras dedicar un capítulo titulado «Estrategia e Ideología»<sup>20</sup> a explicar las razones de Stalin para su intervención en España —razones que, como hemos expuesto, suman las geopolíticas, tan bien tratadas por Denis Smyth o Enrique Moradiellos, por ejemplo, a las ideológicas— llega a la conclusión de que «este es un escenario algo mas complejo que el que consiste en hipertrofiar la noción de que lo que Stalin persiguió desde el primer momento era establecer una base que apoyara la constitución en España de un remedo de república popular *avant la lettre*»<sup>21</sup>.

Es evidente que la cuestión de la defensa de la democracia burguesa producía problemas incluso entre los dirigentes comunistas españoles. Denis Smyth cuenta<sup>22</sup> como la edición de *Mundo Obrero* de 23 de marzo de 1938 rechazaba la idea de constreñir la revolución a esa defensa de la democracia criticando la afirmación de un periódico (no se dice cual es) que decía que «la única solución para nuestra guerra es que España no sea fascista ni comunista»<sup>23</sup>. José Díaz responde a *Mundo Obrero* con una carta a la redacción en la que dice que «la afirmación de que la única solución para nuestra guerra es que España no sea fascista ni comunista es plenamente correcta y corresponde exactamente a la posición de nuestro Partido».

Mas adelante explica sus razones diciendo que «cuando hablábamos aquí de todos los Estados democráticos, no pensábamos solamente en la Unión Soviética, donde existe una democracia socialista, sino que pensábamos también en Francia, Inglaterra, Checoslovaquia, en los Estados Unidos, etc..., que son países democráticos, pero capitalistas. Nosotros queremos que esos Estados nos ayuden; pensamos que defienden su propio interés al ayudarnos; nos esforzamos en hacérselo comprender y solicitamos su ayuda. La posición que adoptáis en vuestro artículo es muy diferente y no es justa. El error consiste en olvidar el carácter internacional de nuestra lucha, que es una lucha contra el fascismo, es decir, contra la parte más reaccionaria del capitalismo, contra los provocadores de una nueva terrible guerra mundial, contra los enemigos de la paz,

---

<sup>20</sup> Viñas, Ángel: *La soledad de la República...*, *op. cit.*, pp. 282 a 288.

<sup>21</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 288.

<sup>22</sup> Smyth, Denis «Estamos con vosotros...», *op. cit.*, p. 178.

<sup>23</sup> He ampliado la cita de José Díaz para hacerla mas clara. Díaz, José: *Tres años de lucha*. Ebro Editions de la Librairie du Globe, París, 1970, p. 557.

contra los enemigos de la libertad de los pueblos. Sabemos muy bien que los agresores fascistas encuentran en cada país grupos de burguesía que los apoyan, como hacen los conservadores ingleses y los derechistas en Francia; pero la agresión del fascismo se desarrolla de tal manera, que el interés nacional mismo, en un país como Francia, por ejemplo, deben convencer a todos los hombres que quieren la libertad y la independencia de su país de la necesidad de oponerse a esta agresión, y no existe hoy otra manera mas eficaz de oponerse a ella que la de ayudar concretamente al pueblo de España»<sup>24</sup>.

Fernando Claudín comentó este texto indicando que la referencia de Díaz respecto a la «guerra que nos amenaza a todos» era mas indicativa de la aprensión de Rusia ante un posible ataque fascista que de la guerra en curso contra la democracia española. No comparto en modo alguno esta opinión. Lo que José Díaz expresa es un análisis internacional de la guerra civil española en su extraordinaria complejidad. Díaz, en 1938, está anticipando lo que muchos años después va a ser la conclusión de tantos historiadores: que la guerra civil española, pese a sus especificidades interiores, «constituyó un episodio mas en la guerra civil europea que acabó en 1945»<sup>25</sup>, o, como con toda exactitud ha escrito Ángel Viñas, «fue una guerra ideológica, una guerra de clases y una guerra internacional por interposición»<sup>26</sup>.

## DOS CAPÍTULOS EN PROYECTO

Cuando comencé a pensar en la estructura de este libro, inicialmente preví un capítulo o dos mas que se titularían «la excusa de los anarquistas» y «la excusa del POUM». Tanto la literatura anarquista como poumista han sido pródigas en cargar las culpas de todo sobre Stalin, los soviéticos y los comunistas en general, llegando a veces a extremos asombrosos en las teorías conspirativas y en el odio que les inspira cuanto tenga que ver con ellos. En alguna medida también han utilizado a Stalin como excusa de sus propios errores o contradicciones, pero, para decirlo en pocas palabras, la ferocidad de sus críticas no necesitaba de ninguna excusa porque estaba en la raíz misma de sus planteamientos. Los anar-

<sup>24</sup> Díaz, José: *Tres años de lucha*, *op. cit.*, p. 559.

<sup>25</sup> Preston, Paul: *La República asediada...*, *op. cit.*, p. 14.

<sup>26</sup> Viñas, Ángel: *La soledad de la República...*, *op. cit.*, p. XIII.

cosindicalistas españoles, que saludaron alborozados la revolución rusa de octubre-noviembre de 1917 y que en el Congreso de la Comedia, en Madrid, en diciembre de 1919 prestaron su adhesión entusiasta a la recién fundada Internacional Comunista<sup>27</sup>, no tardaron en abandonar esa organización a partir de la Conferencia de Zaragoza (junio de 1922) en la que reprocharon amargamente la actitud adoptada por los jóvenes Andrés Nin, Joaquín Maurín e Hilario Arlandis que, en el pleno de Lérida (abril de 1921), actuando como dirigentes por la ausencia obligada de sus mayores, habían adoptado decisiones que podían calificar como de poner huevos en nido ajeno.

Su adhesión en diciembre de 1922 a la nueva Internacional Libertaria nacida en Berlín (la AIT), a la que la CNT aportaba más de la mitad de su militancia, volvió a definir con toda claridad sus verdaderas posiciones.

Dos de los jóvenes recién nombrados se van a convertir, con el tiempo, en los máximos dirigentes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Andrés Nin que se quedó en la Unión Soviética desde 1921, trabajando tanto en la Profintern como de representante español en el Comité Ejecutivo de la Komintern desde 1922, y que todavía en 1926 ocupa temporalmente la primera secretaría de la Internacional Sindical Roja (Profintern), terminará uniéndose a la oposición trotskista, debiendo salir de la URSS y fundando primero la Oposición de Izquierda y luego la Izquierda Comunista Española<sup>28</sup>. Joaquín Maurín, que había llegado en 1925 a ser el máximo dirigente del PCE en el interior, encabezará, en 1930, toda una escisión de la Federación Catalano-Balear del partido. Esta Federación Comunista Catalano-Balear (FCCB) es el origen del Bloque Obrero y Campesino que, fusionándose con la Izquierda Comunista de Andrés Nin, supondrá la creación del POUM el 29 de septiembre de 1935. La detención de Maurín por los franquistas

---

<sup>27</sup> Vease Meaker, Gerald H: *La izquierda revolucionaria en España (1914-1923)*. Ariel, Barcelona, 1978, p. 320 y siguientes. También puede seguirse el debate en Bar, Antonio: *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo (1910-1926)*. Akal, Madrid, 1981, pp. 525 a 537. Hay también un antiguo trabajo de Elorza, Antonio sobre «El Congreso Confederal de la Comedia» en *Revista del Trabajo*, núms. 49 y 50, Madrid, 1975, pp. 466 a 488.

<sup>28</sup> Sobre Andrés Nin pueden consultarse las obras de Wildebaldo Solano, Pelai Pagés, Victor Alba o Francesc Bonamusa que mencionamos más adelante.

en el inicio de la guerra civil, convertirá a Nin en el dirigente máximo del partido desde el inicio de la guerra civil. La caracterización del POUM como trotskista es problemática. Las relaciones de Nin con Trotsky eran malas, como veremos más adelante, desde 1934, cuando el viejo líder bolchevique había aconsejado a sus partidarios practicar el entrismo dentro del PSOE. Como dicen Elorza y Bizcarrondo «resulta tan inexacto llamar trotskista al POUM de Nin como considerar que no existía relación alguna, por lo menos genética, entre el POUM y Trotsky.

La caracterización inicial que establece el delegado de la Komintern en Barcelona, Gerö, como «cuasitrotskista» resulta tal vez lo más adecuado»<sup>29</sup>. Es evidente que con esta caracterización ideológica, en el tiempo de los grandes procesos y del trotskismo considerado en la URSS como un gran riesgo de deslegitimación, la enemiga entre estalinistas y POUM estaba más allá de toda excusa, aunque ello no obste para que en toda una literatura posterior, que además ha influido mucho más que la anarquista en historiadores anticomunistas como Bolloten, Payne, Benassar o Beevor, las exageraciones, infundios y calumnias de los epígonos poumistas hayan deformado la realidad de manera notable, siempre barriendo en la línea del anticomunismo.

Pese a mi renuncia a escribir los capítulos sobre excusas anarquistas o del POUM respecto a la intervención soviética en nuestra guerra civil, no quiero dejar pasar la ocasión sin dejar siquiera apuntadas algunas contradicciones justificativas y algunas exageraciones que no han hecho otra cosa que dar argumentos, muchos de ellos sin apoyo real alguno, a los enemigos de la República.

## LA EXCUSA DE LOS ANARQUISTAS

La tesis fundamental de los planteamientos anarquistas es que la sublevación militar del 17-18 de julio de 1936 desencadenó la más profunda de las revoluciones habidas en el mundo: una revolución libertaria que, sin embargo, sería yugulada por los comunistas a las órdenes de Stalin, con un acoso constante que culminaría con los acontecimientos de mayo de 1937 en Barcelona, que constituiría el hecho fundamental de la guerra civil, a partir del cual el movimiento libertario entraría en una fase de

---

<sup>29</sup> Elorza, Antonio y Bizcarrondo, Marta: *Queridos camaradas...*, *op. cit.*, p. 347.

postración de la que sólo se recuperaría al final de la guerra, cuando ya todo estaba perdido. Esta tesis contrasta notablemente con la realidad de los hechos.

Por un lado, los anarcosindicalistas no eran los dueños incontestables, ni mucho menos, del movimiento antifascista que generó la sublevación militar. Y si ello era patente en España, mucho más lo era fuera de nuestras fronteras, hasta el punto de que Mariano R. Vázquez, dirigente máximo de la CNT en ese momento, calificaría de «tontería... muy propia para decirla a los habitantes de Marte», la propuesta de Pierre Besnard, guía teórico del anarcosindicalismo francés de que «la AIT prepararía una huelga general revolucionaria en el mundo para ayudar a la Revolución española (...), si la CNT se compromete a no colaborar más en el Gobierno, rectificando su línea de conducta actual»<sup>30</sup>. Por otro lado, la práctica de la CNT-FAI desde el comienzo de la contienda de entrar y participar en los organismos de poder compartido, (Consell de Economía de la Generalitat ya el 11 de agosto de 1936 y después en el Gobierno de la Generalitat y finalmente en el Gobierno del Estado), se compagina mal con ese supuesto carácter de profunda revolución libertaria que pretenden presentar.

Julián Casanova, en su excelente estudio sobre el anarcosindicalismo español, sostiene que esta visión se basa en dos distorsiones iniciales: la primera consiste en reducir Julio de 1936 en Barcelona a un enfrentamiento entre el ejército y la clase obrera organizada en la CNT. Esta imagen ignora que sólo fueron los militantes más comprometidos y algunos dirigentes los que tomaron las armas y la participación de otras fuerzas que tuvieron su importancia en la victoria contra los sublevados<sup>31</sup>. La segunda distorsión consiste en la apreciación, tan repetida por la literatura anarquista, de que la CNT-FAI, con el fascismo derrotado, pudiendo «ir a por todo», renunció a esa ambición por «ética libertaria»<sup>32</sup>.

---

<sup>30</sup> Carta de Mariano R. Vázquez a todas las regionales (26-6-1937) dando cuenta del Pleno de la AIT celebrado en París el 11-6-1937. Citado por Casanova, Julián: *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*. Crítica, Barcelona, 1997, pp. 228 y 229.

<sup>31</sup> Véase, por ejemplo, la versión de García Oliver, Juan: *El eco de los pasos*. Ruedo Ibérico, París, 1978, p. 176, donde dice que «Companys reconocía que nosotros sólo, los anarcosindicalistas barceloneses habíamos vencido al ejército sublevado».

<sup>32</sup> Casanova, Julián: *De la calle al frente...*, *op. cit.*, p. 157 y 158.

En realidad lo que ocurrió es que los dirigentes de la CNT-FAI prefirieron incorporarse a los nuevos organismos de poder, práctica que ocasionaría grandes polémicas internas y luchas dentro de la organización, especialmente por el control de los medios de comunicación de la organización, como veremos más adelante.

Si bien en la literatura del exilio, la mayoría de los dirigentes anarquistas entonarían un canto distinto, en realidad, en aquellos momentos fueron muy pocos los que harían bandera del anticolaboracionismo y, como veremos, en algunos casos, su posición respondía a las luchas fraccionales por el control de la prensa o las organizaciones. Cesar M. Lorenzo, nieto de Anselmo Lorenzo, uno de los líderes más carismáticos del anarquismo español, en un libro destinado a defender las posiciones de su padre, Horacio Martínez Prieto, enormemente atacado por el memorialismo anarquista una vez transformadas en el exilio sus antiguas posiciones, hace un minucioso estudio de los debates y posiciones que llevaron al movimiento libertario a esa posición colaboracionista y da cuenta bastante precisa de la soledad de quienes defendían posiciones contrarias<sup>33</sup>. Los principales grupos de dirección aceptaron la participación gubernamental. Luego, tras mayo de 1937, y sobre todo en el exilio, se criticaría amargamente esa participación. Efectivamente, sobre todo a partir de septiembre de 1936 comienza un proceso que Julián Casanova ha resumido en la organización de un nuevo ejército en lugar de las milicias; la sustitución de los comités revolucionarios por consejos municipales designados desde arriba y el freno a la colectivización por medio de políticas financieras restrictivas o por su supresión directa. Esto hizo hablar a muchos memorialistas de la gran ocasión perdida, pero, como dice Casanova, «resulta bastante más discutible, sin embargo, que todo ello se debiera a la «traición» de los dirigentes o a aquella desgraciada decisión de colaborar en tareas de gobierno. Parece que los límites a ese sueño igualitario, a esa revolución feliz abortada, estaban en otra parte»<sup>34</sup>.

Desde nuestro punto de vista es en la no aceptación de los consuetudinarios que supone la colaboración gubernamental, especialmente en una situación de guerra abierta, por parte de un sector confederal que se divorcia de esa manera de sus propios dirigentes, donde está el origen

---

<sup>33</sup> Lorenzo, Cesar M.: *Los anarquistas españoles y el poder 1868-1969*. Ruedo Ibérico, París, 1972, especialmente las pp. 179 a 190.

<sup>34</sup> Casanova, Julián: *De la calle al frente...*, *op. cit.*, p. 197.

de los enfrentamientos que culminarán con la derrota de las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona, a partir de las cuales comienza el ocaso de la importancia de la CNT-FAI y con él las excusas y justificaciones. El dilema guerra-revolución se había resuelto, en realidad, mucho antes. Naturalmente, el proceso está cuajado de incidentes en los que el sectarismo de todas las partes, sin excluir, ni mucho menos, a los comunistas, jugaría un papel fundamental.

## ENFRENTAMIENTOS EN MADRID

Haremos, a continuación, un breve repaso de algunos de estos enfrentamientos e incidentes, para analizar después algún aspecto del conflicto interno dentro de la CNT-FAI que nos lleve a explicar la constitución de grupos como «Los hijos de Durruti». Para los conflictos en Madrid hemos utilizado la obra de Julio Aróstegui y Jesús A. Martínez sobre la Junta de Defensa de Madrid<sup>35</sup> en la que, en base al estudio de las actas de ese organismo y otros materiales, ambos historiadores analizan los acontecimientos ocurridos en la capital desde primeros de noviembre de 1936 a finales de abril de 1937.

Comienzan relatando cómo fue en torno a la censura de prensa impuesta donde cristalizaron gran parte de los enfrentamientos entre las organizaciones y cómo, ya desde noviembre de 1936, a los pocos días de constituirse la Junta, «con ocasión de las dificultades planteadas por Durruti el día 15 o de las patrullas de vigilancia CNT-FAI, la CNT fue acusada en el seno de la JDM de adoptar una actitud poco clara, cuando no de franco desconocimiento, ante la autoridad del organismo»<sup>36</sup>. Aunque los comunistas fueron los principales acusadores, es patente, a través de las lecturas de las actas que, como apéndice documental, se recogen en el libro, que, en principio, contaban con el apoyo de los restantes grupos. También en noviembre se produjo un incidente con Antonio Mijé García, miembro de la Junta y del Comité Ejecutivo del PCE al impedirle un control de la CNT salir fuera de Madrid porque los miembros de dicho control dijeron que no reconocían los salvoconductos que extendiese la Junta, siendo necesario que llevaran el sello de

---

<sup>35</sup> Aróstegui, Julio y Martínez, Jesús A.: *La Junta de Defensa de Madrid. Noviembre 1936-Abril 1937*. Comunidad de Madrid, Madrid, 1984.

<sup>36</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 236.

la CNT (acta de la sesión del 18-11-1936, recogida en las pp. 313 a 317 de la obra mencionada).

Más grave fue el incidente ocurrido el 23 de diciembre cuando resultó herido el Delegado de Abastos, Pablo Yagüe, por un motivo parecido. Según la versión comunista, al ser parado por un control de la CNT en Ventas se consideró no suficiente la credencial de miembro de la Junta al no ir sellada por la CNT y se denegó el paso; como Yagüe continuara fue alcanzado por los disparos efectuados desde el control. La CNT argumentó que Yagüe no se había identificado suficientemente y que sus milicianos dispararon primero al aire. El acontecimiento daría lugar a un bando de Miaja prohibiendo la circulación por la capital con armas largas y las acciones policiales de las organizaciones; no obstante, el fiscal acabaría retirando la acusación contra los procesados por este incidente.

El nombramiento de José Cazorla, sustituyendo a Carrillo como Delegado de Orden Público, el 1 de enero de 1937, hizo que el enfrentamiento subiera de tono. A finales de enero la CNT mostró una gran resistencia a acatar las disposiciones de Hacienda relativas al cobro de alquileres sobre las viviendas incautadas. «El hecho era reflejo de la gran polémica existente ya, cuya argumentación de fondo era la prioridad entre ganar la guerra o “hacer la revolución”»<sup>37</sup>, dirán Aróstegui y Martínez.

La polémica se incrementa a partir de febrero. La CNT acusa a Cazorla reiteradamente del asunto de los presos gubernativos —vuelto a detener tras ser puestos en libertad por los tribunales populares— pero el tema se complicará con el enfrentamiento entre Cazorla y el anarquista Melchor Rodríguez, delegado general de prisiones en Madrid nombrado por García Oliver, como Ministro de Justicia, el 6 de diciembre anterior. Los días 12 y 13 de marzo de 1937, la prensa daba cuenta de una nota de Cazorla en la que se narraba la desarticulación de una red de espionaje dirigida por el hijo del coronel Del Rosal, y donde se relataba que este coronel disponía de un documento que le permitía entrar en la cárcel de San Antón y celebrar entrevistas con los presos. García Oliver terminaría relevando a Melchor Rodríguez «con el pretexto de que era muy accesible a las recomendaciones y se había entregado a excesos humanísticos»<sup>38</sup>. En sus memorias, García Oliver, lo trata bastante mal,

---

<sup>37</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 238.

<sup>38</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 240.

contando como le pidió, con todo descaro, la Dirección General de Prisiones que él le negó<sup>39</sup>.

Igualmente Cazorla arremeterá contra Manuel Salgado, jefe de los Servicios Especiales del Ministerio de la Guerra y director del más polémico de todos los periódicos anarquistas, Frente Libertario, tras la detención del oficial de Estado Mayor Alfonso López de Letona, que unía su condición de pistolero de Renovación Española a la de agente de los servicios secretos de guerra dirigidos por Salgado. Esta operación de contraespionaje implicó también a Antonio Verardini, Jefe del Estado Mayor de la 14 División mandada por Cipriano Mera. Mera da cuenta de su reacción en su autobiografía<sup>40</sup>, señalando que, «pocos días después de este incidente, pero sin ninguna relación con él, fue disuelta la Junta Delegada de Defensa: el Gobierno considerando fuera de peligro la capital, ordenó el 23 de abril el traspaso de sus funciones administrativas al Ayuntamiento de Madrid»<sup>41</sup>. Aróstegui y Martínez opinan, igualmente, que «es muy probable que la disolución estuviera decidida por Largo Caballero antes de este incidente final»<sup>42</sup>.

## ENFRENTAMIENTOS EN CATALUÑA

Si esto sucede en Madrid, en Barcelona la conflictividad es peor. La crisis de la Generalitat de diciembre, que supuso la salida del POUM y de Acción Catalana del Gobierno autónomo, fue interpretada como un triunfo de la CNT a través de *Solidaridad Obrera*: la nueva composición, donde tanto la UGT como la CNT ganaban un puesto, fue interpretada como un gobierno sindical, sin partidos, con una presidencia casi honorífica por parte de los republicanos de izquierda. Y ello, pese a que, después, Agustín Souchy, secretario de la AIT, dijera que «la CNT se opuso a esta maniobra política, pero, al ser minoría en el gobierno de coalición, el POUM fue expulsado del Gobierno»<sup>43</sup>.

---

<sup>39</sup> García Oliver, Juan: *El eco de los pasos...*, op. cit., págs. 307 y 308.

<sup>40</sup> Mera, Cipriano: *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*. Ruedo Ibérico, París, 1976, pp. 131 a 133.

<sup>41</sup> *Ibidem*, op. cit., p. 136 en nota a pie de página.

<sup>42</sup> Aróstegui, Julio y Martínez, Jesús A.: *La Junta...*, op. cit., pp. 241 y 242.

<sup>43</sup> Souchy, Agustín: *La trágica semana de mayo. Los días de mayo en Barcelona en 1937*, p. 2 de 25. Hoy día se puede consultar en [www. Galeon.com/ateneosant/ateneo/](http://www.Galeon.com/ateneosant/ateneo/)

Sucedió, sin embargo, que ese cambio en el Gobierno catalán supuso la sustitución del cenetista Doménech por el líder del PSUC, Joan Comorera, al frente de la importante Consejería de Abastos, comenzando una gran polémica que atribuía, por parte de los comunistas, la escasez de pan a la falta de planificación del anterior consejero anarcosindicalista, y, por parte de los anarquistas, a la provocación comunista y a la burocracia gubernamental que dirigía el racionamiento. Como señala Casanova, en un momento especialmente tenso en el frente y en la retaguardia, «las fuerzas políticas y sindicales estaban enzarzadas, durante ese primer trimestre de 1937, en duras disputas sobre el alcance de las colectivizaciones rurales e industriales, la militarización, el control del armamento y de las industrias de guerra, y el orden público, cuestión vital esta que desembocó a comienzos de marzo en la disolución de las patrullas de control, uno de los ejes del poder armado de la CNT»<sup>44</sup>.

Una descripción de estos enfrentamientos desde el punto de vista anarquista se puede ver en José Peirats, tanto en su primera obra *La CNT en la revolución española*<sup>45</sup>, como en su resumen posterior, concretamente en el capítulo xv, titulado precisamente «El prólogo del gran drama»<sup>46</sup>. Del caso más célebre, el asesinato el 25 de abril del excenetista Roldan Cortada que ahora militaba en el PSUC y era secretario del Consejero de Trabajo y Obras Públicas de la Generalitat, Rafael Vidiella, Peirats dice, contra toda evidencia, que pudo tratarse de una provocación de los mismos estalinistas para acumular motivos de agravio contra la CNT. Lo cierto es que pocos días después se producía la muerte de Antonio Martín, «el cojo de Málaga» y dos anarquistas más en un tiroteo con las fuerzas de orden público. En realidad los enfrentamientos de principio y por el control de la producción industrial que se produjeron, casi desde el comienzo de la guerra, entre la CNT y el PSUC, se radicalizaron cuando la situación económica y del frente empeoró.

Las protestas en las fábricas, disturbios y atentados se sumaban a los descontentos por el proceso de militarización de las milicias y la

---

historia/sigloXX\_1/sxx.días de mayo

<sup>44</sup> Casanova, Julián: *De la calle al frente...*, *op. cit.*, p. 217.

<sup>45</sup> Peirats, José: *La CNT en la revolución española*. en Ruedo Ibérico, París, 1971, tomo II, pp. 120 y siguientes.

<sup>46</sup> Peirats, José: *Los anarquistas en la crisis política española* (1976). Hay una versión digital en [www.somnisliberatis.com/libro/losanarquistas](http://www.somnisliberatis.com/libro/losanarquistas).

disolución de las patrullas de control. Las deserciones que el proceso de militarización de las columnas anarquistas provocaron están bien documentadas en los testimonios que algunos de los jefes de estas columnas, como Saturnino Carod, hicieron al historiador Ronald Fraser: «ahora, cuando la revolución estaba en marcha, no entendían por que les hablaba de la necesidad de militarizarse, de la necesidad de respetar las instituciones republicanas y los partidos políticos, de organizar nuevos Ayuntamientos en los pueblos, nuevos órganos de autoridad. Abandonaron la columna sencillamente» (testimonio de Saturnino Carod)<sup>47</sup>. Aunque algunos volverían posteriormente, hubo un momento en que a Carod sólo le quedaron los guardias civiles que llevaba en su unidad. Deserciones, pues, en la columna «Carod»; también en la «Durruti»; cuatrocientos milicianos que abandonaron la «Columna de Hierro», cuando, en marzo de 1937 fue militarizada y convertida en la Brigada 83. Estos grupos armados, mas los descontentos de la retaguardia, crearon un caldo de cultivo más que apto para que, como dice Casanova, «los anarquistas desplazados tras el verano de 1936 por mostrar su oposición a la política de colaboración, pudieron rodear ahora de un cascarón político y armado sus frustraciones personales por lo que ya empezaban a denominar la gran «ocasión perdida» de hacer de verdad la revolución»<sup>48</sup>.

Esta es la explicación del grupo conocido como «Los amigos de Durruti» que alcanzaría su protagonismo en los acontecimientos del mayo barcelonés de aquel año 1937. Pero hemos de remontarnos un poco más atrás. Dentro del proceso de afianzamiento de la colaboración gubernamental defendida mayoritariamente por los dirigentes de la CNT-FAI, se produjo a principios de noviembre de 1936 la sustitución de Liberto Callejas como director de *Solidaridad Obrera*. El sustituto elegido fue Jacinto Toryho, periodista que, desde la Oficina de Prensa y Propaganda de la CNT había defendido la incorporación de la CNT a cargos de responsabilidad y gobierno, con una política de orden, para impedir que las demás organizaciones se beneficiaran en exclusiva del poder.

Jacinto Toryho, como cuenta Casanova, era un joven periodista nacido en 1911, veintiséis años mas joven que Callejas, que había estudia-

---

<sup>47</sup> Fraser, Ronald: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*. Crítica, Barcelona, 1979, tomo I, p. 179.

<sup>48</sup> Casanova, Julian: *De la calle al frente...*, *op. cit.*, p. 219.

do en la primera promoción de periodistas de la escuela del muy católico periódico *El Debate*, impulsado por Ángel Herrera, fundador de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Toryho siempre consideró a Herrera un buen amigo<sup>49</sup>. Cuando llegó a la dirección del periódico se apoyó en figuras destacadas de la FAI como Federica Montseny o Abad de Santillán, e incorporó a la redacción a un personaje tan extraño como Salvador Canovas Cervantes, mas conocido como Salvador «ni lo uno, ni lo otro», antiguo fundador y director de *La Tierra*, periódico madrileño tan extraño como él. Que estas cuestiones siguen despertando pasiones y polémicas lo prueba el que un artículo escrito en *El País* mientras escribo estas líneas por Antonio Elorza<sup>50</sup>, donde refería que el periódico *La Tierra* estaba debidamente subvencionado por la derecha monárquica, fue airadamente respondido por Carmen Bueno Uribes, viuda de Eduardo Guzmán, redactor-jefe de *La Tierra* en una carta al mismo periódico, en la que acusa a Elorza de seguir, con la calumnia, la estela intelectual del PCE-PSUC<sup>51</sup>. Elorza contestó con otra carta donde citaba la autobiografía de Pedro Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, donde el político monárquico cuenta como se citaba con Canovas Cervantes en una rincónada del callejón de Arenal, frente a la librería de los Bibliófilos para entregarle un sobre con las directrices de la correspondiente campaña y «una muestra de nuestro agradecimiento»<sup>52</sup>.

Intrigado por la controversia, consulté el ejemplar heredado de mi padre de las memorias de ese megalómano que fue Sainz Rodríguez. Allí encontré, punto por punto, lo relatado por Elorza<sup>53</sup> y, además, una nota de mi padre a bolígrafo refiriéndose al impulso de la derecha en la campaña de *La Tierra* sobre el asunto de Casas Viejas. La nota dice: «eso lo supimos desde que se inició la campaña. A *La Tierra* se la llamaba «la puta de la calle jardines»». Mi padre no fue nunca comunista: era un socialista prietista, gran admirador, además, de Julián Besteiro. Que Canovas Cervantes, periodista, exdiputado por Almadén en 1916 y pa-

<sup>49</sup> Casanova, Julián: «De la calle...», *op. cit.*, pág- 187.

<sup>50</sup> Elorza, Antonio: «Guerra de palabras», en *El País*, 21 de febrero de 2007, pp. 13 y 14.

<sup>51</sup> Bueno Uribes, Carmen: «Sobre el periódico republicano *La Tierra*», en *El País*, 25 de febrero de 2007.

<sup>52</sup> Elorza, Antonio: «En torno a *La Tierra*», en *El País*, 27 de febrero de 2007.

<sup>53</sup> Sainz Rodríguez, Pedro: *Testimonio y recuerdos*. Planeta, Barcelona, 1978, p. 246.

sado a la acracia, sea un personaje extraño, no desdice, en modo alguno la personalidad de luchador antifascista de Eduardo de Guzmán, gran memorialista además, que, en uno de sus libros, describe una situación brechtiana<sup>54</sup> que debería vacunarnos a todos de estas cominerías: detenidos en el centro franquista de tortura de la calle Almagro, los agentes que les interrogan pretenden que Eduardo de Guzmán, director de *Castilla Libre*, y Navarro Ballesteros, director de *Mundo Obrero*, se peguen entre ellos para regocijo general: «¿No os habéis llevado siempre como el perro y el gato? ¿No os combatíais mutuamente en vuestros periódicos? ¡Pues ha llegado el momento de demostrar quien es el mas fuerte de los dos!»<sup>55</sup>. Los dos periodistas no se pegaron.

Volviendo al relato de los hechos, la sustitución y desplazamiento de Liberto Callejas conllevó también la de su amigo y colaborador Jaime Balius, otro curioso personaje que terminaría convirtiéndose en el líder ideológico del grupo «Los amigos de Durruti». Balius era hijo de un corredor de comercio y estudió en los jesuitas de Caspe y otros colegios privados. Comenzó estudios de medicina en 1920 (había nacido en Barcelona en 1904) pero una enfermedad venérea le impidió continuar. En 1922 se afilió a Acció Catalana, tomando parte en las manifestaciones catalanistas del año siguiente como seguidor de Maciá. En 1925 fue uno de los firmantes del manifiesto catalanista de Bandera Negra, siendo encarcelado por su participación en el complot de Garraf. Tomo estos datos a partir de la biografía de Balius escrita por Miguel Amorós, reseñada por Pepe Gutiérrez el 24-11-2003 y que puede consultarse en Internet<sup>56</sup>. Balius se incorpora tarde al movimiento libertario. Como dice Gutiérrez, «aunque Proudommeaux afirma que Balius no se hizo anarquista hasta la crisis de 1934, al parecer fue introducido en los medios libertarios por Liberto Callejas alrededor de 1932. Amorós también revaloriza a este,

---

<sup>54</sup> Dentro de las piezas cortas que formaban *Terror y miserias del Tercer Reich*, la cuarta, «Soldados del pantano», retrata una situación donde dos detenidos del campo de concentración de Esterwegen en 1934, un socialdemócrata y un comunista, disputan amargamente hasta que el S.S. de guardia los manda al bloque disciplinario. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1985, pp. 31 a 33.

<sup>55</sup> Guzman, Eduardo de: *Nosotros los asesinos*. G. del Toro editor, Madrid, 1976, p. 32.

<sup>56</sup> Gutiérrez, Pepe: *La revolución traicionada. La verdadera historia de Balius y los amigos de Durruti de Miguel Amorós. Crónica de una presentación*. Edición digital de la fundación Andreu Nin, noviembre 2003, [www.fundanin.org/gutierrez10](http://www.fundanin.org/gutierrez10).

considerado normalmente como un personaje bohemio y de segunda fila en la CNT»<sup>57</sup>. Un mes después del cese de Calleja en *Solidaridad Obrera*, se produjo el de Felipe Alaiz en *Tierra y Libertad*, órgano de la FAI. Los dos ceses respondían a la política de colocar al frente de los periódicos a partidarios de la línea colaboracionista. Alaiz, como cuenta Casanova, se fue a Lérida donde, junto con José Peirats, firmaron en *Acracia* algunos de los textos más críticos a la intervención en las instituciones políticas<sup>58</sup>.

Balius, al que una parálisis ha obligado a quedarse en Barcelona, publica *El Amigo del Pueblo*, órgano de «Los amigos de Durruti» grupo formado esencialmente por desertores de la columna Durruti que habían rechazado la militarización. Los ataques a «la contrarrevolución estalinista» menudean, aunque lo que aparece más claramente sea el resentimiento contra los dirigentes anarcosindicalistas partidarios de la colaboración a los que atribuyen su marginación. Balius, junto a Pablo Ruiz y Francisco Carreño, son los principales impulsores del grupo. Casanova dice que «ese era, en suma, el cascarón político utilizado para saldar sus conflictos personales con sus rivales en el anarquismo, que en el caso de Balius, se resumían en dos nombres propios: Mariano R. Vázquez y Jacinto Toryho, el Secretario del Comité Nacional de la CNT y el director de *Solidaridad Obrera*»<sup>59</sup>.

## LOS HECHOS DE MAYO

Con los precedentes que hemos expuesto: enfrentamientos, tensiones, deterioro de la situación económica y bélica y una organización embrionaria que aglutina ese descontento, no son extraños los acontecimientos conocidos como «los hechos de mayo»: un enfrentamiento armado entre los días 3 y 7 de mayo en Barcelona, que en la última de esas fechas se extendió a algunas localidades de Aragón. Los disturbios se iniciaron cuando el Consejero de Seguridad de la Generalitat, Artemi Aiguader, ordenó al recién nombrado Comisario General de Orden Público, Eusebio Rodríguez Salas, excenetista, la ocupación del edificio de la Telefónica de la plaza de Cataluña, en poder de la CNT desde el inicio de la guerra y desde donde se podían controlar todas las conversaciones. Pres-

<sup>57</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 3 de 6.

<sup>58</sup> Casanova, Julián: *De la calle...*, *op. cit.*, p. 188.

<sup>59</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, págs. 219 y 220.

cindo del relato de los hechos, que han sido narrados meticulosamente en numerosas ocasiones y desde muy diferentes puntos de vista. Prefiero centrarme en las interpretaciones, algunas más cercanas en el tiempo que otras, que es donde encontramos, desde sorprendentes cambios de postura, hasta las excusas que culpan, casi en exclusiva a Stalin y los comunistas de aquellos desgraciados acontecimientos.

Una interpretación muy cercana a los hechos es la del secretario de la AIT, Agustín Souchy, que ya hemos mencionado. Habla de «una especie de frente unido entre la izquierda catalana (Esquerra), los nacionalistas catalanes (Estat Catalá) y el PSUC y la UGT. Todos ellos defendieron al Ministro (sic) de Interior, Aiguadé, y al Jefe de Policía, Rodríguez Sala, los dos mas directamente responsables del brote»<sup>60</sup>, para concluir que «este frente unido de todos los partidos de Izquierda burgueses con los comunistas contra la CNT sindicalista y la FAI anarquista era la prueba de que ellos intentaban crear una situación en la que pudieran sacar a los sindicalistas y los anarquistas del gobierno y desacreditarlos ante los trabajadores». Lo mas curioso es la pretensión de atribuir el calificativo de «incontrolados», tan empleado contra los anarquistas, contra los enemigos del gobierno: «Se había hecho obvio que la guardia local catalana y la guardia de asalto que estaban ambas manipuladas por agentes provocadores y parte de la pequeña burguesía, parecían estar de lado del gobierno de coalición anti-fascista.

En realidad perseguían objetivos diferentes. Todos estos elementos estaban por ahora incontrolados por el gobierno»<sup>61</sup>. Sin embargo, también menciona que un grupo recién fundado, «Los amigos de Durruti», funcionando en las bases de la CNT-FAI, publicó una proclamación que declaraba que «Ha sido constituida una Junta Revolucionaria en Barcelona. Todos los responsables del golpe de estado, que maniobran bajo la protección del gobierno, serán ejecutados. El POUM será miembro de la Junta Revolucionaria porque ellos apoyaron a los trabajadores». Dice después que los Comités Regionales decidieron «no concurrir con esta proclamación» y que las Juventudes Libertarias «lo rechazaron de la misma manera». «Al día siguiente, el jueves 6 de mayo, su declaración oficial fue impresa en toda la prensa de Barcelona»<sup>62</sup>. En definitiva, se

---

<sup>60</sup> Souchy, Agustín: *La trágica semana de mayo*, *op. cit.*, p. 9 de 25.

<sup>61</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 11 de 25.

<sup>62</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 12 de 25.

pretende presentar a una CNT-FAI razonable y moderada que no caía en las provocaciones de una policía manipulada y de algún grupo minoritario y de reciente creación.

Frente a esta visión, en la que Moscú no aparece mencionada directamente en ninguna forma, pronto comenzó a tejerse la leyenda. Una resolución del Pleno de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) celebrado en París el 11 de junio de 1937 atribuía los sucesos de mayo a un «plan concebido en los partidos políticos inspirados por el Partido Comunista español, ejecutando órdenes del Gobierno soviético», «plan de carácter internacional» que «sirve los intereses capitalistas anglo-franco-americanos»<sup>63</sup>. Como recuerda Julián Casanova, en ese pleno se dijeron más tonterías, como el ofrecimiento de Benard, que mencionábamos mas arriba, de desencadenar una huelga general revolucionaria mundial, siempre que la CNT se comprometiera a no colaborar más en el Gobierno. En ese ambiente, no es extraño el abucheo que sufrió García Oliver una semana mas tarde, en un mitin, celebrado también en París, donde el público ácrata le llamó asesino y le pidió cuentas por Camilo Berneri<sup>64</sup>.

Diego Abad de Santillán, en su libro de 1940, *Por qué perdimos la guerra*, publicado inicialmente en la editorial Imán de Buenos Aires, realiza una crítica explícita a su propia actuación durante los sucesos de mayo, donde desempeñó un papel parecido al de García Oliver, Federica Montseny y Mariano R. Vázquez, intentando terminar los disturbios con los menores daños posibles. «Nos acusamos —escribe— de haber sido la causa principal de la suspensión de la lucha. No con orgullo, sino con arrepentimiento, porque a medida que fuimos paralizando el fuego por parte de los nuestros, hemos visto redoblar las provocaciones de los escasos focos de resistencia comunistas y republicanos catalanes»<sup>65</sup>. Desde luego, ni su papel fue tan principal, ni los llamados focos de resistencia gubernamentales eran escasos, pero estos suelen ser gajes del oficio de memorialista. Inmediatamente, Santillán se apunta a la tesis de la conspiración internacional: «Por disgustados que estuviésemos al ver la con-

---

<sup>63</sup> Citado por Casanova, Julián: *De la calle...*, *op. cit.* que las toma de las enviadas a todas las regionales por Mariano R. Vázquez el 26 de junio de 1937, p. 228.

<sup>64</sup> Casanova, Julián, *op. cit.*, p. 229.

<sup>65</sup> Abad de Santillán, Diego: *Por qué perdimos la guerra*. G. del Toro editor, Madrid, 1975, p. 166.

ducta de los compañeros propios que hacían funciones de dirigentes, no era posible cruzarnos de brazos. Nos reunimos en un primer cambio de impresiones con el secretario general de la CNT, Mariano R. Vázquez y con García Oliver. De estas primeras impresiones, después de lo acontecido, dependía la actuación a seguir. Expusimos nuestro juicio sobre los sucesos de mayo; habían sido una provocación de origen internacional y nuestra gente fue miserablemente llevada a la lucha; pero, una vez en la calle, nuestro error ha consistido en paralizar el fuego sin haber resuelto los problemas pendientes»<sup>66</sup>. Para él son suficientes algunos detalles: «la presencia de varias unidades de guerra francesas e inglesas en las afueras del puerto el mismo día en que comenzaba la lucha, el tres de mayo, nos hizo pensar en una provocación de origen internacional. Y que en esa provocación estaban los comunistas, nos lo atestiguaba la presencia de sus fuerzas de Aragón en Barcelona»<sup>67</sup>.

García Oliver defiende una teoría de la conspiración aun mas elaborada: «La conspiración iniciada en la embajada soviética, empezada por Rosenberg y llevada a término por Gaiski, que englobaba a Prieto, a Negrín, a Álvarez del Vayo, traídos y llevados por los jefes del GPU: Krivitski, Orlov y Petrov. A más de los motivos subjetivos, el motivo único para una parte considerable de la conspiración: el oro. El oro enviado a la Unión Soviética por los jefes del PSOE. El enviado a Francia por los nacionalistas vascos. El enviado a Francia por los catalanistas. En los sucesos de mayo sólo tuvieron parte dirigente los conspiradores de París y los de la embajada soviética»<sup>68</sup>.

A continuación Oliver califica de muñecos a los militantes del POUM y a los «Amigos de Durruti», tratando con todo desprecio a Carreño, a Balius, del que dice que no era anarquista ni sindicalista, sino sólo un fanático separatista catalán cercano al nihilismo, y a Pablo Ruiz, atribuyendo sólo cierta influencia a Merino, Navarro y Maeztu, de la sección marítima del Sindicato de Transporte de Barcelona que constituían «una tripleta peligrosa, actuando siempre por su cuenta». La «conspiración de París», a la que García Oliver da gran importancia y que estaría, según él,

---

<sup>66</sup> Ibidem, *op. cit.*, p. 170.

<sup>67</sup> Ibidem, *op. cit.*, p. 169.

<sup>68</sup> García Oliver, Juan: *El eco de los pasos. El anarcosindicalismo en la calle, en el Comité de Milicias, en el Gobierno, en el exilio*. Ruedo Ibérico, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, Barcelona, 1978, pp. 419 y 420.

junto con la soviética en el origen de los sucesos de mayo, tenía dos centros «cuyo eje estaba constituido por separatistas catalanes, visiblemente dirigidos por Ventura Gassol, y los nacionalistas vascos que encabezaba Aguirre en Bilbao y que dirigía Manuel de Irujo, ministro sin cartera del gobierno de la República. Conspiraban con monárquicos de todas ramas, pero mas intensamente con los alfonsinos, capitaneados desde Portugal por Gil Robles»<sup>69</sup>. Incluso no tiene inconveniente alguno para meter a Indalecio Prieto en el ajo, lo que quizá le sirve de nexo de unión para las dos supuestas conspiraciones. En una conversación con Marianet (Mariano R. Vázquez), García Oliver dice:

—Como puedes comprender, detrás de las sombras de Aiguader y Ventura Gassol se proyecta la de Companys, y detrás de la sombra de Irujo la de Aguirre.

—¿Y quién mas?

—Donde están los vascos, a la vuelta de la esquina encontrarás siempre a Indalecio Prieto.<sup>70</sup>

La historia de enfrentamientos de Prieto con el PNV parece importarle muy poco al flamante anarquista-ministro de justicia. Pero nos queda el testimonio de otro personaje ya citado: el periodista Jacinto Toryho, artífice como hemos visto del discurso de «orden, colaboración y disciplina» desde *Solidaridad Obrera*. Como cuenta Julián Casanova, «pasó sus últimos días en la dirección del periódico envuelto en una crisis de “conciencia personal” que lo llevó a criticar todas esas ideas por inútiles, porque de poco habían servido, y a saltarse la disciplina que le exigía el Comité Regional de Cataluña. Fue destituido el 7 de mayo de 1938, junto con Abelardo Iglesias, jefe de la redacción que le acompañó en esas críticas»<sup>71</sup>. Esa «crisis de conciencia», por lo visto la creyó exorcizar, mas tarde, escribiendo un libro mendaz en grado extremo: *Del triunfo a la derrota*. Allí cuenta que tenían sometida a escucha la conversación telefónica que, invariablemente, a las ocho de la noche de cada día, sostenía el cónsul Ovseenko, desde Barcelona, con el embajador Rosemberg, en Valencia. Según su versión, el nudo de charla giraba en torno al «plan García»: «Se trataba de un plan de cómo forzar a los miembros de las

<sup>69</sup> Ibidem, *op. cit.*, p. 382.

<sup>70</sup> Ibidem, *op. cit.*, p. 383.

<sup>71</sup> Casanova, Julián: *De la calle...*, *op. cit.*, p. 237.

Juventudes Libertarias y de la FAI a cometer actos que justificaran la intervención del ejército, pretexto excelente para acabar con ellos y también con el POUM»<sup>72</sup>. Todos los incidentes previos —el asunto de los «carros blindados» del 5 de marzo, la muerte en un tiroteo con la policía de Antonio Martín, en Puigcerdá, etc.— se presentan como preparación comunista de las jornadas de mayo. No menciona, por supuesto, el asesinato de Roldán Cortada, ni las acciones de sus correligionarios. Para él todo está perfectamente claro: «El ataque a la Telefónica, factor desencadenante de la provocación, estaba sugerido por «García» en su plan. Ayguadé (sic) y Rodríguez Salas siguen la sugestión al pie de la letra, respaldados por Stepánov y «Pedro», únicas autoridades a las que responden»<sup>73</sup>.

A continuación dedica todo el capítulo XI de su libro a acumular todas las falsedades, tópicos y mentiras que se han escrito sobre la intervención de la URSS en la guerra civil, llegando a extremos tan idiotas como su opinión sobre la política de seguridad colectiva tan defendida por los soviéticos y que está, en última instancia, en el verdadero origen de su intervención en la guerra civil. Toryho se permite decir que Stalin, «por un lado ordena a sus huestes agitación mundial, tendente a presionar a Francia e Inglaterra, mientras que, por otro, a la pregunta que el Gobierno francés le formula sobre cual sería su actitud en caso de que enviara apoyo efectivo al de Madrid, responde que, si bien el pacto franco-soviético de 1935 les obliga a prestarse recíproca ayuda en caso de que cualquiera de ambos países fuera atacado por una tercera potencia, la obligación desaparece si la agresión se deriva de mezclarse en los asuntos internos de otra nación. En canto llano: si a consecuencia de ayudar a los republicanos españoles, Alemania les declaraba la guerra, nosotros nos lavamos las manos; allá ustedes con su responsabilidad. Lo mismo que respondió Chamberlain»<sup>74</sup>.

Leon Blum y Daladier, este último en el caso de la capitulación vergonzosa en el asunto checoslovaco, no pensaron nunca que podrían encontrar un defensor tan apasionado en la figura de este extraño anarquista de la escuela de *El Debate*. Quizá su visión conspirativa de la historia tenga su origen en esa escuela y por eso haya perdurado con tanto éxito en nuestro país hasta los días en que escribo estas notas.

---

<sup>72</sup> Toryho, Jacinto: *Del triunfo a la derrota*. Argos Vergara, Barcelona, 1978, p. 295.

<sup>73</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 304.

<sup>74</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 323.

El diagnóstico de Julián Casanova sobre los sucesos de mayo dice que aquello fue algo más que la confirmación del abismo, imposible ya de salvar, que separaba a comunistas y anarquistas. Los factores que hemos venido mencionando —fracasos militares, indisciplina de las milicias, incapacidad gubernamental de organizar el abastecimiento equitativo de una población en guerra, persistencia del fraccionamiento— se reunieron en una ciudad como Barcelona que reunía unas características peculiares —símbolo anarcosindicalista, gobierno autónomo, pugna por el control de una producción industrial notable, alta densidad demográfica con decenas de miles de refugiados...— y produjeron aquel terrible resultado<sup>75</sup>. Que actuaran provocadores de uno u otro bando tampoco es extraño, si bien deben rechazarse las interpretaciones de uno u otro signo que sólo pretenden fundarse en consideraciones de este tipo: si son absurdas las visiones anarquistas que hemos analizado, no lo son menos las estalinistas que pretenden reducir lo ocurrido en Barcelona a una conspiración anarco-trotskista en connivencia con Franco y Hitler.

Es conocida la polémica sostenida entre Southworth y Bolloten sobre este tema de la provocación, reprochando el primero al segundo que en su primera versión de *The Grand Camouflage* no hubiera hecho referencia alguna a un telegrama del embajador alemán Faupel, mencionado ya en 1955 por Cattell<sup>76</sup>, donde consignaba que trece agentes suyos habían sido iniciadores de los disturbios en Barcelona. Aunque pretendiendo huir de lo que ellos llaman «mitología de la Komintern», dos historiadores que han investigado recientemente en los archivos de los servicios secretos franquistas e italianos, Morten Heiberg y Manuel Ros Agudo, han publicado no hace mucho un libro donde afirman que «si se intentan analizar los mismos disturbios (se refieren a los hechos de mayo en Barcelona) a partir de los documentos relacionados con los servicios de inteligencia nacionales e italianos, queda claro que las cosas quizá no fueran tan simples como se ha creído hasta ahora. Definitivamente, había que volver a considerar el papel de los servicios secretos nacionales e italianos, aunque en modo alguno puedan ser tenidos desde luego por los principales desencadenantes de lo ocurrido»<sup>77</sup>.

---

<sup>75</sup> Casanova, Julián: *De la calle...*, *op. cit.*, pp. 224 y 225.

<sup>76</sup> Cattell, David T.: *Communism and the Spanish Civil War*. University of California Press, Berkeley, Los Ángeles, 1955, pp. 146 y 147.

<sup>77</sup> Heiberg, Morten y Ros Agudo, Manuel: *La trama oculta de la guerra civil*. Los

Cuentan también como Ciano atribuye a espías italianos a su servicio la revuelta situación que se vive en Cataluña y, respecto al asesinato de Camilo Berneri y Francesco Berbi que la mayoría de la literatura anarquista (Peirats, Toryho, etc...) atribuye a los comunistas, resucitan la primera tesis de la CNT de junio de 1937 (que es defendida también de alguna manera por García Oliver en sus memorias), que atribuía el crimen a los asesinos de Estat Catalá, reproduciendo la orden que Nicolás Franco, el hermano del Generalísimo, dio al comandante Julián Troncoso dando garantías a «Estat Catalá, a través de Bertrán y Musitu, el jefe catalán del Servicio de Información de la Frontera Noroeste de España (SIFNE), uno de los servicios de inteligencia franquistas. Esta tesis ya había sido sostenida por el historiador uruguayo Carlos Rama<sup>78</sup>, que insiste en que el crimen fue planeado por la OVRA, una de las policías políticas italianas, y ejecutado por elementos de la Quinta Columna franquista de Barcelona.

Cuentan también Heiberg y Ros como Bernardo Cremonini, confidente de la POLPOL, otra policía política italiana, y líder en la práctica de la federación anarco-comunista de París, escribió y editó en su mayor parte un panfleto violentamente anticomunista acerca de los sucesos de Barcelona. Dicen que «a la luz de lo sucedido en Barcelona, el Duce había llegado incluso a proponer la publicación de un periódico anarquista que ataque violentamente al fascismo, pero cuyo verdadero objetivo sea atacar al comunismo de la forma mas resuelta y vulgar»<sup>79</sup>. Su posición respecto a la actitud de los comunistas y sus versiones es que «no puede decirse que ciertas acusaciones carecieran por completo de fundamento, pues algunos elementos revolucionarios eran a todas luces «topos» que trabajaban para el servicio de inteligencia de Bertrán y Musitu y para los italianos. A raíz de los disturbios de mayo, lo que hicieron los comunistas fue generalizar a partir de unos cuantos casos sospechosos y fabricar las pruebas necesarias con el fin de purgar al POUM»<sup>80</sup>.

---

*servicios secretos de Franco 1936-1945*. Crítica, Barcelona, 2006, p. 136.

<sup>78</sup> Rama, Carlos: Prólogo a Camilo Berneri *Guerra de clases en España. 1936-1937*. Tusquets, Barcelona, 1977, p. 33.

<sup>79</sup> Heiberg, Morten y Ros Agudo, Manuel: *La trama oculta...*, *op. cit.*, p. 141.

<sup>80</sup> *Ibidem*, *op. cit.* p. 138.

## LA EXCUSA DEL POUM

Los memorialistas del POUM sostienen versiones muy parecidas a la de los anarco-sindicalistas, aunque, en algunos casos, indudablemente más elaboradas.

Para Julián Gorkin, de quien ya hemos hablado, resulta suficiente, sin embargo, la propia personalidad de Rodríguez Salas para ser la mano de Stalin detrás de los acontecimientos de Barcelona. Dice de él: «Conocía bien a este último (Eusebio Rodríguez Salas): admirador de Joaquín Maurín, había pertenecido antaño al Bloque Obrero y Campesino y se había autonombrado guardián del orden en nuestros mítines. Manco del brazo izquierdo, ponía un rostro feroz y adoptaba actitudes de matamoros. Era por sobre todo un primario. Pasado al estalinismo, se había convertido en uno de los instrumentos del famoso “Pedro”. Sabíamos por experiencia —una experiencia que se estaba comprobando en España— que los agentes de Moscú, aplicando una selección a la inversa, echaban mano para estos menesteres de este tipo primario de hombre de acción, engreído, fanatizado y fácilmente manejable. Luego estaba por demás claro que la provocación venía del estalinismo»<sup>81</sup>.

En este mismo libro Gorkin habla de su amistad con Jacques Doriot, que abandonó el comunismo para terminar formando un grupo fascista, y con el belga Paul-Henri Spaak que no sólo terminó siendo uno de los creadores e impulsores de la OTAN, sino que durante nuestra guerra tuvo un comportamiento lamentable como ministro de Asuntos Exteriores belga, desplegando una «notable energía en establecer las responsabilidades del Gobierno español» respecto al incidente del barón de Borchgraeve, un supuesto noble belga que había sido encontrado muerto cerca del frente de Madrid. «El presidente del partido socialista, Vandervelde, prefirió dimitir de sus cargos de viceprimer ministro y ministro de Sanidad antes de verse asociado a tal acción»<sup>82</sup>.

La versión de Víctor Alba es más comedida: «Si no hubiese sido por lo de la telefónica, habría sido por cualquier otro motivo. Los cenetistas se daban cuenta de que los iban acorralando sin que sus dirigentes

---

<sup>81</sup> Gorkin, Julián: *El proceso de Moscú en Barcelona. El sacrificio de Andrés Nin*. Aymá, Barcelona, 1974, p. 57.

<sup>82</sup> Sturmtthal, Adolf: *La tragedia del movimiento obrero*. Fondo de Cultura Económica, México, 1945, p. 365.

reaccionaran. La base, que sufría el peso de la ofensiva comunista en los comités de control, en los pueblos, en los sindicatos, perdió la paciencia. No se dio cuenta de que era una provocación y salió a la calle». Mas sorprendente es cuando dice, a continuación, que, al lado de la CNT «por solidaridad, se pusieron los poumistas, pese a que se percataban de que era una provocación de la cual ellos mas que nadie pagarían los platos rotos»<sup>83</sup>. Efectivamente, comenzarían a pagarlos con críticas del mismo Trotsky.

En un texto de agosto de 1937, el creador del Ejército Rojo se deshace en invectivas contra el POUM: «Todos los informes publicados después de los acontecimientos demuestran que con una dirección mínimamente seria y con confianza en ella misma, la victoria de la insurrección de mayo estaba asegurada. En este sentido el POUM tenía razón cuando decía que los obreros podían tomar el poder si lo «querían». Solamente olvidaba añadir: «Desgraciadamente no tenemos una dirección revolucionaria». El POUM no podía llevar al proletariado catalán a la ofensiva revolucionaria porque —y únicamente por eso— toda su política anterior le había hecho incapaz de una iniciativa semejante»<sup>84</sup>.

Andrés Suárez, aunque rechaza por absurda, dice, la tesis de la actuación de agentes franquistas, tesis que como hemos visto la historiografía moderna, a partir de la investigación de los archivos de los servicios secretos, no consideran tan inverosímil, al menos como coadyuvante, hace una interpretación mas matizada planteándose algunos interrogantes: «¿Fue acaso, como escribió el anarquista Diego Abad de Santillán, una provocación de origen internacional en la que también figuraban los comunistas? ¿La provocación partió tal vez de la Conserjería (sic) de Gobernación de la Generalidad de Cataluña, de acuerdo con el PSUC, como afirma otro anarquista, Ricardo Sanz? ¿Se debió, como insinuó Azaña, a meras disputas por el mando y a las consiguientes rivalidades entre partidos y sindicales? ¿Se desconocen en realidad las causas y propósitos de dicho movimiento, según asegura James Joll? ¿Representó,

---

<sup>83</sup> Alba, Victor: *El Partido Comunista en España*. Planeta, Barcelona, 1979, p. 210.

<sup>84</sup> Trotsky, Leon: «La verificación de las ideas y de los individuos a través de la experiencia de la revolución española» (24-8-1937), incluido en *La revolución española. 1936-1940*, volumen 2. Edición, prólogo y notas de Pierre Broué. Fontanella, Barcelona, 1977, p. 146.

como cree Manuel Cruells<sup>85</sup> el encuentro violento y sangriento de dos concepciones ideológicas diferentes, el comunismo y el anarquismo?»). Un poco después concluye: «Por nuestra parte consideramos, hoy como ayer, que fue un movimiento espontáneo en el que confluyeron la ambición hegemónica de los comunistas, el resentimiento de los catalanistas, la desazón de los anarquistas, la inquietud de los poumistas y, sobre todo, la indignación de las masas populares frustradas en sus esperanzas»<sup>86</sup>.

Aunque demasiado lírica, la conclusión de Suárez no habla de conspiraciones en el Kremlin, provocaciones de la GPU o planes de Stalin preparando el pacto germano-soviético. Es de agradecer. Pelai Pagés, en 1975, vuelve a una versión mas dura. Siguiendo los escritos de época de Toryho habla del «plan trazado por el PSUC y la pequeña burguesía, juntamente con los elementos más dudosos de la extrema derecha catalanista», y afirma que «el asalto de la Telefónica por las fuerzas de la Generalitat no fue mas que la culminación de un proceso, minuciosamente preparado. Poco importaba si la orden procedía directamente del Consejo o si había sido una arbitrariedad de Aiguader o Rodríguez Salas»<sup>87</sup>. No obstante un poco mas adelante reconoce que el POUM llegó a aprobar un manifiesto en que se propugnaba la formación de un Consejo Revolucionario y el fusilamiento de los responsables del ataque a la Telefónica. Ya el mismo día 3 de mayo «Andreu Nin, Gorkin y Pere Bonet se entrevistaron con dirigentes libertarios para proponerles la creación de un órgano común que dirigiese la lucha para reconquistar el poder para la clase obrera y la revolución»<sup>88</sup>. Si la cosa no pasó a mayores fue por la negativa de la dirección cenetista.

Wildebald Solano, el que fuera desde septiembre de 1936 secretario general de la Juventud Comunista Ibérica, juventudes del POUM, se apunta, sin embargo, en un libro mas reciente, a la vieja teoría de la

---

<sup>85</sup> Cruells, Manuel: *Els fets de maig, Barcelona 1937*. Juventud, Barcelona, 1970. Se trata de un relato sencillo y neutral como dice Julio Aróstegui en *Por qué el 18 de julio... y después*. Flor de Viento, Barcelona, 2006, p. 487. Viñas no considera tan «neutral» a Cruells (*El Escudo de la República*. Crítica, Barcelona, 2007, p. 494).

<sup>86</sup> Suarez, Andrés: *El proceso contra el POUM. Un episodio de la revolución española*. Ruedo Ibérico. París, 1974, p. 51.

<sup>87</sup> Pagés, Pelai: *Andreu Nin: su evolución política (1911-1937)*. ZERO-ZYX, Madrid, 1975, p. 257.

<sup>88</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 258.

conspiración: «El ataque del 3 de mayo contra la telefónica de Barcelona correspondía a un plan que se llevó a cabo implacablemente: ataque contra la Cataluña revolucionaria, con su autonomía real, con su movimiento obrero revolucionario (CNT, POUM, JCI, JJLL) y con sus conquistas de julio; eliminación de Largo Caballero, de la izquierda socialista y de la CNT en el Gobierno central; asesinato de Nin y represión contra el POUM y la JCI; ascenso de Negrín y tentativa de constituir la primera “democracia popular” estalinista en Europa. Todo lo cual tenía que conducir fatalmente a abrir las puertas a Franco»<sup>89</sup>. Como se verá, en esta posición están casi todas las tesis que intento combatir, por legendarias, en este libro. Lo cierto es que el resultado de los acontecimientos de mayo fue terrible para los miembros del POUM, lo que quizá explique su resentimiento. Terrible por la represión que se abatió fundamentalmente sobre ellos, aunque, como han demostrado Elorza y Bizcarrondo, los procesos de Moscú no se repitieran en España<sup>90</sup>, ni en Barcelona, como reza el título de uno de los libros de Julián Gorkin. Pero terribles también por las críticas recibidas desde su propio campo: ya hemos mencionado algún ejemplo de las críticas del propio Trotsky, quien sostenía —lo que demuestra que un genio revolucionario también puede sostener enormes estupideces— que la revuelta de Barcelona de mayo de 1937, podía ser la culminación «de seis años de revolución»<sup>91</sup> en España.

Mientras los estalinistas les calificaban de agentes de la GESTAPO, Trotsky y los «bolcheviques-leninistas» les tildaban de traidores a la revolución. F. Morrow, uno de los últimos, en un libro escrito pocos meses después de los acontecimientos de mayo, lanza duros reproches contra el POUM y la CNT por no seguir adelante en Barcelona: solamente los «Amigos de Durruti», que serían calificados como «provocadores» por la propia CNT, la izquierda del POUM, la izquierda de la CNT y las Juventudes Libertarias más radicales estarían en la perspectiva correcta que era la de los trotskistas puros de la sección española de la IV Internacional, los «bolchevique-leninistas», por los que habla Morrow. «Agarrados a las faldas de la CNT —escribe Morrow— los

---

<sup>89</sup> Solano, Wildebald: *El POUM en la historia. Andreu Nin y la revolución española*. Libros de la Catarata, Madrid, 1998, p. 100.

<sup>90</sup> Elorza, Antonio y Bizcarrondo, Marta: *Queridos camaradas...*, *op. cit.*, p. 380-383.

<sup>91</sup> Trotsky, Leon: *La revolución española...*, *op. cit.*, vol II, p. 147.

dirigentes del POUM fueron retirando obreros de las barricadas todavía bajo el fuego. Ellos, menos que nadie, se hubieran creído, hace un año, capaces de caer tan bajo... Dirigentes que han traicionado a los obreros como ellos lo han hecho están irrevocablemente perdidos para el movimiento revolucionario; no pueden volverse atrás, admitir su terrible complicidad..., pero también dan pena, pues al día siguiente de su traición, la burguesía, reforzada de esta manera, se librerá de ellos»<sup>92</sup>. Quien de esta manera los acusa no es precisamente un estalinista o un amigo del Doctor Negrín.

No quedará aquí la cosa. En España, además de las críticas que los dirigentes del POUM de Barcelona reciben de su organización de Valencia, el propio Joaquín Maurín, el otro gran dirigente del partido, que pasó la guerra encarcelado por los franquistas, escribió muchos años después en una carta a Víctor Alba: «El Ejecutivo del POUM no comprendió nunca que lo primero era ganar la guerra. Antepuso la revolución a la guerra, y perdió la guerra, la revolución y se perdió a sí mismo. Lo que Engels dijo de los anarquistas españoles en 1873, es decir, que actuaron como no debían haber actuado, puede decirse aproximadamente del POUM en 1936-1937»<sup>93</sup>.

El libro de Solano incluye al final una declaración de *Treball*, órgano del PSUC, de diciembre de 1989, donde se dice: «El PSUC y *Treball* rectifican una vez mas, formal y definitivamente, cualquier calumnia contra Andreu Nin, se adhieren a las iniciativas de la Fundación Andreu Nin y abren las páginas de sus publicaciones a todas aquellas contribuciones que nos puedan llegar en memoria de este histórico dirigente del POUM»<sup>94</sup>. Sería de desear que este talante se impusiera en el tratamiento de nuestras disputas históricas.

Desgraciadamente esto no es así en absoluto: a raíz de la publicación del libro de Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista en España, 1919-1939*, que he utilizado mucho para este trabajo, aunque discrepe, como expongo, de

<sup>92</sup> Morrow, F.: *Revolución y contrarrevolución en España. La guerra civil. Materiales IV*. Akal Editor, Madrid, 1978, p. 176.

<sup>93</sup> Citado por Elorza, Antonio y Bizcarrondo, Marta, en *Queridos...*, *op. cit.*, p. 362 y 507 que lo toman de Alba, Víctor: *Dos revolucionarios: Andreu Nin, Joaquín Maurín*. Madrid, 1975, pp. 288 y 289.

<sup>94</sup> Solano, Wildebaldo: *El POUM en la historia...*, *op. cit.*, p. 281.

algunas de sus interpretaciones, se produjeron algunas críticas furiosas, pese a que el libro no es nada complaciente ni con la Komintern, ni con los comunistas españoles, ni mucho menos con Stalin. Aunque ambos historiadores habían dedicado, y lo demuestran sobradamente, muchas, muchísimas horas al estudio de los documentos originales de la Komintern y otros organismos soviéticos, Agustín Guillamón dice que «la tesis de los profesores Elorza y Bizcarrondo es históricamente falsa, moralmente perversa e ideológicamente estalinista»<sup>95</sup>. Nada menos. Y concluye lamentando que la historiografía de la guerra civil haya pasado de ser una «historia militante» a «una historia académica mema, hecha por necios, y caracterizada por el disparate, la incomprensión e incluso el desprecio a los militantes y organizaciones del movimiento obrero»<sup>96</sup>. Como vemos, no es precisamente el sosiego lo que impera en el debate extraacadémico.

Al año siguiente, sin embargo, la crítica a Elorza provino de un gran historiador francés, recientemente fallecido en julio de 2005, y que había sido durante muchos años profesor del Instituto de Estudios Políticos de Grenoble: Pierre Broué. Aunque a Marta Bizcarrondo la reconoce como historiadora, seria, reconocida y apreciada, a Elorza lo despacha con «un tercio historiador, un tercio politólogo y dos tercios periodista»<sup>97</sup>. Tras reprocharle que no habla en el libro de Carmen de Pedro, secretaria técnica del CC. y de Palmiro Togliatti, sostiene que la obra ofrece una versión grotesca del estalinismo, con multitud de errores, deformaciones y lagunas, tal como titula varios de los apartados en que está dividida su reseña, y cree que los defectos tienen un origen claro: «Antonio Elorza ha apoyado durante años la política y los temas estalinianos» y «Tanto Antonio Elorza como Marta Bizcarrondo no creen en la revolución (o no la desean), ni hoy, ni mañana, ni ayer incluso»<sup>98</sup>. Desde mi punto de vista, una descalificación tan personal, reprochando a Antonio Elorza su antigua militancia política y desconociendo su enorme labor como histo-

---

<sup>95</sup> Guillamón, Agustín: «Balance», en *Cuadernos de Historia del movimiento obrero*. Barcelona, 11 de mayo de 1999.

<sup>96</sup> *Ibidem*, *op. cit.*

<sup>97</sup> Broué, Pierre: «Acerca de *Queridos camaradas*». Fundación Andreu Nin. [www.fundanin.org](http://www.fundanin.org). La crítica fue publicada también en el núm. 58 de la revista *Iniciativa socialista* (Otoño de 2000).

<sup>98</sup> *Ibidem*, *op. cit.*

riador, ya desde las lejanas páginas de la *Revista de Trabajo* a comienzos de los años setenta, dicen poco de la objetividad que pudiera tener la crítica y la discrepancia razonable de Pierre Broué.

## REGRESO A LA INTRODUCCIÓN

Estas digresiones nos han apartado algo del objeto de este capítulo-introducción, cuya segunda parte quizá debiera estar situada tras los dos primeros capítulos que figuran a continuación, objeto que consiste en hacer frente a la leyenda, tan propalada como hemos visto, de que en la sucesión de acontecimientos que condujeron a los hechos de mayo en Barcelona había una conspiración premeditada preparada por Moscú y sus agentes en España.

Otra cosa es que, cuando se produjo la insurrección de mayo, esta fuera aprovechada para cargar todas las tintas posibles contra el POUM, se persiguiera a los militantes de ese partido y se llegara a un asesinato político repugnante en la persona de Andrés Nin. Esto no tiene vuelta de hoja. Como no la tiene el que hoy se sepa que, durante el verano de 1938, el coronel Ungría, jefe de los servicios secretos franquistas recibiera un mensaje de un grupo quintacolumnista que actuaba en Barcelona bajo el mando de Luís de Ocharán: el mensaje comunicaba que algunos militantes del POUM se habían ofrecido a la Quinta Columna para organizar el asesinato de Negrín y Zugazagoitia. La respuesta de Ungría, el 7 de agosto de 1938, está reproducida en el libro mencionado de Morten Heiberg y Manuel Ros Agudo: «Se acepta la propuesta hecha en su informe A-2013, pudiéndose ofrecer el pasaporte que solicitan y 100 (cien) dólares a cada uno de los que intervengan directamente en el asunto, haciendo presente que la aceptación es a base de que la operación tenga éxito, debiendo efectuarse precisamente contra Negrín y Álvarez del Vayo»<sup>99</sup>.

Si repasamos los trabajos de los historiadores que han estudiado los documentos soviéticos y de la Komintern sobre la guerra de España, Elorza y Bizcarrondo, Denis Smyth, Hobson, Kowalski y mas recientemente Ángel Viñas no encontramos nada que aluda a una conspiración

---

<sup>99</sup> Ungría a Sanz Agero, nota secreta R-291, 7 de agosto de 1938; doc. 32. Citada por Heiberg, Morten y Ros Agudo, Manuel, en *La trama oculta...*, *op. cit.*, pp. 208 y 305.

o un plan para provocar un enfrentamiento armado en medio de una guerra que se estaba perdiendo. Los citados Heiberg y Ros Agudo pretenden haber encontrado un indicio en uno de los documentos reproducidos por Radosh y sus colaboradores, cuyo anticomunismo les coloca siempre en la defensa de todos los tópicos que puedan abonar sus fobias. Pero Heiberg y Ros cometen hasta un error evidente al reproducir el documento, quizá porque manejan la versión norteamericana o quizá porque directamente les venía bien para sus sospechas. Al reproducir el documento 42 del 15-4-1937 (Dimitrov envía a Voroshilov un informe remitido por «nuestro observador político en España», traducido del francés), Heiberg y Ros dicen que ese «observador» «afirmaba que los adversarios de izquierdas del PCE eran en realidad «fascistas o semifascistas que se llaman a sí mismos independientes o apolíticos, pero que esperan y desean una victoria del enemigo»<sup>100</sup>. En realidad, lo que dice el documento 42 es lo siguiente: «su periódico *CNT* (órgano diario de los anarquistas de Madrid) (...), se ha convertido en el periódico más leído (como todos los demás periódicos anarquistas y de la CNT) por todos los elementos antirepublicanos, por todos los fascistas o semifascistas que se llaman a sí mismos independientes o apolíticos, pero que esperan y desean una victoria del enemigo»<sup>101</sup>. ¡Hay que respetar las fuentes! Una cosa es criticar a los lectores de la prensa anarcosindicalista y otra llamar fascistas o semifascistas a los libertarios.

Lo mismo sucede al realizar la lectura completa del «documento 42» o de todos los reproducidos por Radosh de los meses de febrero, marzo y abril de 1937: ni una sola indicación de que los comunistas o sus asesores preparasen una provocación. Es evidente que deseaban que Largo Caballero dejara, cuando menos, el Ministerio de Guerra, pero para ello contaban con la predisposición y las acciones del sector prietista del PSOE y del propio presidente Azaña, como explicamos en el capítulo correspondiente a las excusas socialistas.

Cuando acabo de terminar esta introducción del libro que el lector tiene en sus manos, se publica el segundo tomo de la trilogía de Ángel Viñas sobre la República española en guerra: *El Escudo de la Re-*

---

<sup>100</sup> Heiberg, Morten y Ros Agudo, Manuel: *La trama oculta... op. cit.*, p. 133.

<sup>101</sup> Radosh, Ronald, Habeck, Mary R. y Sebastianov, Grigory (eds.): *España traicionada. Stalin y la Guerra Civil*. Planeta, Barcelona, 2002, p. 238.

*pública*<sup>102</sup>. Además de recomendar vivamente su lectura, tan interesante y documentada como sus obras anteriores, no puedo dejar de reproducir alguna de sus conclusiones sobre el tema que estamos tratando. Tras consignar que muchas de las tesis anarquistas, poumistas y trotskistas están nutridas en el marco ideológico de la guerra fría y que, según ellas «los acontecimientos de Barcelona, afirman en síntesis, fueron provocados por Stalin en busca de una confrontación que permitiera destrozarse tanto a la izquierda comunista no estalinista como al anarquismo», sus conclusiones, después de investigar exhaustivamente la documentación soviética son bien distintas: «Hasta el momento, sin embargo, nadie ha puesto sobre la mesa pruebas concluyentes. Las presuntas maniobras no pasaron por la IC (Internacional Comunista o Komintern), ni por el NKID (Comisariado del Pueblo para los Asuntos Exteriores), ni por el GRU (Cuarto Departamento del Estado Mayor del Ejército Rojo, servicio de inteligencia militar).

A pesar de los esfuerzos dialécticos de Radosh y colaboradores, el informe de «Stepánov» que reprodujeron no apoya aquella tesis en absoluto. Tampoco lo hace, antes al contrario, otro de un agente del GRU<sup>103</sup>. Cuando habla del factor NKVD (Policía Política y de Seguridad Soviética) dice bien claro que si hubiera habido alguna actuación para provocar los hechos de mayo siguiendo instrucciones de Stalin, «Orlov (jefe de la NKVD en España) se hubiera atribuido cierto mérito, por no decir que hubiera inflado su papel, ante la Central moscovita. Se bandeaba bien en aguas traicioneras. Llama, pues, la atención que no hiciera nada de tal tenor y que desaprovechase una ocasión no de oro sino de diamante para autocolgarse una medalla»<sup>104</sup>.

En el capítulo de conclusiones de su libro, Viñas dice: «En Barcelona existía un clima de crispación, que reflejaba el dilema perenne entre guerra y revolución y la renuencia anarcosindicalista a renunciar a cotas de poder. De aquí que, en último término, el tema de la injerencia extranjera sea menor. Ello no obstante, si injerencia hubo, está demostrado, gracias a los esfuerzos de Canali, que fue fascista, a través de los servicios especiales de Mussolini. También los franquistas azuzaron, como

---

<sup>102</sup> Viñas, Ángel: *El Escudo de la República. El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*. Crítica, Barcelona, 2007.

<sup>103</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 528.

<sup>104</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, pp. 546 y 547.

han comprobado Heiberg y Ros Agudo. Es hora de que los historiadores antirrepublicanos de profesión se enteren de cómo y por qué derroteros avanza la historiografía (...) Es posible que en el futuro algún historiador encuentre pruebas documentales que demuestren el “impulso soberano” de Stalin en prender la mecha que hizo estallar el polvorín de Barcelona. Pero hasta ahora nadie las ha sacado a la luz y los telegramas de Orlov dados a conocer llevan a argumentar más bien lo contrario»<sup>105</sup>.

Hasta aquí esta introducción que se ha convertido casi en un capítulo. *Recuérdalo tu y recuérdalo a otros* fue el título que utilizó Ronald Fraser para su estupendo libro. Quizá mi propósito no haya sido otro: recordar y transmitir. Pero yo no he utilizado la «historia oral» y personal sino en alguna ocasión marginal y, cuando he empleado testimonios de los protagonistas directos, lo he hecho a la luz de la crítica histórica. Mis fuentes han sido los trabajos de los historiadores más serios sobre el asunto que trato. Me sigue pareciendo la mejor manera de recordarlo yo y recordárselo a otros.

---

<sup>105</sup> *Ibidem, op. cit.*, pp. 635 y 636.